

La toalla del gallo rojo bordado

Quien no ha cabalgado por perdidos caminos rurales no está en condiciones de hacerse cargo de nada de lo que le cuento. De todas formas no lo entendería. Y quien ha viajado así, más vale que no lo recuerde.

Seré breve. Mi cochero y yo recorrimos las cuarenta verstas que separan la ciudad de Grachovka del hospital de Múriev exactamente en un día. Incluso con puntual exactitud: a las dos de la tarde del 16 de septiembre de 1917 estábamos junto al último almacén, en el límite de la magnífica ciudad de Grachovka; a las dos y cinco de la tarde del 17 de septiembre de ese mismo e inolvidable año de 1917 estaba erguido sobre la hierba aplastada, moribunda y reblandecida por las lluvias de septiembre, en el patio del hospital de Múriev. Mi aspecto era tal que así: las piernas se me ha-

bían entumecido hasta tal punto de que allí mismo, en el patio, repasaba confusamente en mi pensamiento las páginas de los libros de texto intentando con torpeza recordar si en realidad existía –o lo había soñado la noche anterior en la aldea Grabílovka– una enfermedad que entumece los músculos de una persona. ¿Cómo se llama esa maldita enfermedad en latín? Cada músculo me producía un dolor insoportable que me recordaba el dolor de muelas. De los dedos de los pies ni siquiera vale la pena hablar: ya no se movían dentro de las botas, yacían apaciblemente, parecidos a muñones de madera. Reconozco que en un ataque de cobardía maldije mentalmente la medicina y la solicitud de ingreso que había presentado, cinco años atrás, al rector de la universidad. Mientras tanto, la lluvia caía como a través de un cedazo. Mi abrigo se había hinchado como una esponja. Con los dedos de la mano derecha trataba inútilmente de asir la maleta, hasta que desistí y escupí sobre la hierba mojada. Mis dedos no podían sujetar nada y de nuevo, saturado de todo tipo de conocimientos obtenidos en interesantes libros de medicina, recordé otra enfermedad: la parálisis.

«Parálisis», no sé por qué me dije mentalmente y con desesperación.

–Hay que... –dije en voz alta con labios azulados y rígidos–, hay que acostumbrarse a viajar por estos caminos.

Al mismo tiempo, por alguna razón, miré indignado al

cochero, aunque él en realidad no era el culpable del estado del camino.

–Eh... camarada doctor –respondió el cochero, también moviendo a duras penas los labios bajo sus rubios bigotillos–, hace quince años que viajo y todavía no he podido acostumbrarme.

Me estremecí, miré melancólicamente la descascarada casa de dos pisos, las paredes de madera rústica de la casita del enfermero, y mi futura residencia, una casa de dos pisos muy limpia, con misteriosas ventanas en forma de ataúd. Suspiré intensamente. En ese momento, en lugar de las palabras latinas, atravesó mi mente una dulce frase que, en mi cerebro entumecido por el traqueteo y el frío, cantaba un grueso tenor de muslos azulados:

–...Te saludo... refugio sagrado...

Adiós, adiós por mucho tiempo al rojo y dorado teatro Bolshói, a Moscú, a los escaparates... ay, adiós.

«La próxima vez me pondré la pelliza... –pensaba yo con enojo y desesperación, mientras trataba de arrancar la maleta sujetándola por las correas con mis dedos rígidos–, yo... aunque la próxima vez ya será octubre... y entonces ni dos pellizas bastarán. Y antes de un mes no iré, no, no iré a Grachovka... Dense cuenta... ¡hubo que pernoctar por el camino! Habíamos recorrido veinte verstas y ya nos encontrábamos en una oscuridad sepulcral... la noche... tuvimos que pasar la noche en Grabílovka... el maestro de la

escuela nos dio hospedaje... Y esta mañana nos pusimos en camino a las siete... Y el coche viaja... por todos los santos... más despacio que un peatón. Una rueda se mete en un hoyo y la otra se levanta en el aire; la maleta te cae en los pies... luego en un costado y más tarde en el otro, luego te caes de narices y un momento después te golpeas en la nuca. Y la lluvia cae y cae, y no deja de caer, y los huesos se entumecen. ¿Acaso habría podido imaginar que a mediados de un gris y duro mes de septiembre alguien podía congelarse en el campo, como en el más crudo invierno? Pues resulta que sí. Y en su larga agonía no ve más que lo mismo, siempre lo mismo. A la derecha un terreno pedregoso y roturado, a la izquierda un marchito claro, y junto a él, cinco o seis isbas grises y viejas. Como si en ellas no hubiera un alma viviente. Silencio, sólo silencio alrededor...»

La maleta cedió por fin. El cochero se acostó con la barriga sobre ella y la arrojó directamente hacia mí. Yo quise sujetarla por la correa pero mi mano se negó a responder, y entonces mi hinchada y agotada compañera –llena de libros y de toda clase de ropa– cayó directamente sobre la hierba, y me golpeó con fuerza las piernas.

–Ay, Dios... –comenzó a decir el cochero asustado, pero yo no me enfadé con él: mis piernas no me servían para nada.

–¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Eh! –gritó el cochero, y agitó

los brazos como un gallo que agita las alas—. ¡Eh, he traído al médico!

En ese momento, en las oscuras ventanas de la casa del enfermero aparecieron unos rostros y se pegaron a ellas; se oyó el ruido de una puerta y vi cómo, cojeando por la hierba, se dirigía hacia mí un hombre con un abrigo lleno de rotos y unas botas pequeñas. El hombre se quitó la gorra respetuosa y apresuradamente, llegó hasta unos dos pasos de donde yo me encontraba, por alguna razón sonrió con recato, y me saludó con voz ronca:

–Buenos días, camarada doctor.

–¿Quién es usted? –le pregunté.

–Soy Egórich –se presentó el hombre–, el guarda de este lugar. Le hemos esperado y esperado...

Al instante cogió la maleta, se la echó al hombro y se la llevó. Yo le seguí cojeando, tratando inútilmente de meter la mano en el bolsillo de los pantalones para sacar la cartera.

El ser humano necesita en realidad muy poco. Pero ante todo le hace mucha falta el fuego. Al ponerme en camino hacia el lejano Múriev, cuando aún me encontraba en Moscú, me había dado a mí mismo la palabra de comportarme como una persona respetable. Mi aspecto juvenil me había envenenado la vida al principio. Cuando me presentaba ante alguien, invariablemente tenía que decir:

–Soy el doctor tal.

Y todos, ineludiblemente, arqueaban las cejas y preguntaban:

–¿De verdad? Me parecía que usted era todavía un estudiante.

–No, ya he terminado la carrera –respondía con aire hosco, y pensaba: «Lo que necesito es usar gafas».

Pero no necesitaba usar gafas, porque mis ojos estaban sanos y su claridad aún no había sido enturbiada por la experiencia de la vida. Como no podía defenderme de las eternas sonrisas condescendientes y afables con ayuda de unas gafas, traté de desarrollar unos hábitos que inspiraran respeto. Procuraba hablar pausadamente y con autoridad, intentaba controlar los movimientos bruscos, trataba de no correr –como corren los estudiantes de veintitrés años que acaban de terminar la universidad–, sino de caminar. Pasados muchos años, ahora comprendo que todo aquello se me daba, en realidad, bastante mal.

En ese momento había infringido mi tácita norma de conducta. Estaba sentado, hecho un ovillo y en calcetines, y no en el despacho sino en la cocina, y, como un adorador del fuego, me acercaba con entusiasmo y apasionamiento a los troncos de abedul que ardían en la estufa. A mi izquierda había un cubo al revés. Sobre él reposaban mis botas y junto a ellas un gallo pelado y con el cuello ensangrentado. Junto al gallo formaban un montoncito sus plumas multicolores. Pero incluso en ese estado de entumecimiento, había tenido

tiempo de realizar una serie de cosas que exige la vida diaria. A Axinia, una mujer de nariz puntiaguda, esposa de Egórich, la había confirmado en su puesto de cocinera. Y, como consecuencia, el gallo pereció a manos de Axinia. ¡Y yo tenía que comérmelo! Ya había conocido a todo el personal. El enfermero se llamaba Demián Lukich, las comadronas, Pelagueia Ivánovna y Ana Nikoláievna. También había tenido tiempo de recorrer el hospital y, con la más absoluta claridad, me había convencido de que su instrumental era más que sobrado. Al mismo tiempo, y con la misma claridad, tuve que reconocer (para mis adentros, por supuesto) que el uso de muchos de aquellos instrumentos que brillaban virginalmente me era del todo desconocido. No sólo no los había tenido nunca en mis manos sino que, hablando con franqueza, ni siquiera los había visto.

–Hmm... –murmuré dándome importancia–, tienen ustedes un instrumental magnífico. Hmm...

–Por supuesto –anotó dulcemente Demián Lukich–, es lo que logró reunir con gran esfuerzo su antecesor, Leopold Leopóldovich. Él operaba de la mañana a la noche.

Sentí correr un sudor frío por la frente y miré con tristeza los armaritos que brillaban como espejos.

Después recorrimos las salas vacías y me convencí de que en ellas cabían con facilidad hasta cuarenta enfermos.

–Leopold Leopóldovich tenía a veces hasta cincuenta enfermos internados en el hospital –me consoló Demián Lu-

kich, mientras Ana Nikoláievna, una mujer con una corona de cabellos grises, dijo:

–Doctor, tiene usted un aspecto tan joven, tan joven... Es asombroso. Parece usted un estudiante.

«¡Diablos –pensé yo–, ni que se hubieran puesto de acuerdo, parece mentira!»

Y murmuré entre dientes, con sequedad:

–Hmm... no, yo... es decir yo... sí, dicen que parezco muy joven...

Luego bajamos a la farmacia, y obviamente allí no faltaba de nada. En las dos habitaciones –un tanto oscuras– olía fuertemente a hierbas y en las estanterías se encontraba todo lo que se podía desear. Incluso había medicamentos extranjeros de patente, y no hace falta añadir que jamás había oído hablar de ellos.

–Los encargó Leopold Leopóldovich –me informó orgullosamente Pelagueia Ivánovna.

«Ese Leopold Leopóldovich era de verdad un genio», pensé, y sentí un enorme respeto hacia el misterioso Leopold, que había abandonado el hospital de Múriev.

El hombre, además del fuego, necesita instalarse. Me había comido el gallo hacía un buen rato. Egórich había rellenado para mí el jergón de paja y lo había cubierto con sábanas. Una lámpara ardía en el gabinete de mi residencia. Estaba sentado y, como encantado, miraba el tercer logro del legendario Leopold: la estantería estaba llena de libros.

Conté rápidamente unos treinta tomos sólo de manuales de cirugía, en ruso y en alemán. ¡Y cuántos tratados de terapia! ¡Maravillosos compendios encuadernados en piel!

Se acercaba la noche y yo empezaba a hacerme a la idea.

«No tengo la culpa de nada –pensaba de manera acuciante y atormentadora–; tengo un diploma con quince sobresalientes. Les había advertido en la ciudad de que quería venir como segundo médico. Pero no. Ellos sonrieron y dijeron: “Ya se habituará”. Vaya con el “ya se habituará”. ¿Y si alguien llega con una hernia? A ver. ¿Cómo me voy a habituar a ella? Pero, sobre todo, ¿cómo va a sentirse el herniado en mis manos? Se habituará, sí, pero en el otro mundo (en ese momento escalofrió me recorrió la columna vertebral)...

¿Y si tengo un caso de peritonitis? ¡Ja! ¿Y la difteria que suele cebarse en los niños campesinos? Y... ¿cuándo es necesario hacer una traqueotomía? Tampoco me iría muy bien sin la traqueotomía... ¿Y... y... los partos? ¡Había olvidado los partos! ¡Las posiciones peligrosas! ¿Qué voy a hacer? ¡Ah, qué irresponsable soy! Nunca debí aceptar este distrito. No debí aceptado. Se hubieran podido conseguir a algún otro Leopold.»

En medio de la tristeza y el crepúsculo, me puse a caminar por el despacho. Cuando llegué a la altura de la lámpara vi cómo, entre la infinita oscuridad de los campos, aparecía en la ventana mi pálido rostro junto a las lucecitas de la lámpara.

«Me parezco al falso Dimitri», pensé de pronto tontamente, y volví a sentarme al escritorio.

Durante dos horas de soledad me martiricé, y lo hice tanto que mis nervios ya no podían soportar los miedos que yo mismo había creado. Entonces comencé a tranquilizarme e incluso a hacer algunos planes.

Bien... Dicen que ahora hay pocos pacientes. En las aldeas están agramando el lino para sacar la fibra, los caminos son impracticables...

«Justamente por eso te traerán un caso de hernia –retumbó una voz severa en mi cerebro–, porque alguien que tiene un resfriado (o cualquier enfermedad sin importancia) no vendrá por estos caminos, pero a alguien con una hernia lo traerán, ¡puedes estar tranquilo, querido colega!»

La observación no era nada tonta, ¿no es verdad? Me estremecí.

«Calla –le dije a la voz–, no necesariamente tiene que ser una hernia. ¿Qué manía es ésta? Como ya estás aquí... ¡ite aguantas!»

«Como ya estás aquí...», repitió mordazmente la voz.

Bien... no me separaré del manual... Si hay que recetar algo, puedo pensarlo mientras me lavo las manos. Tendré el manual siempre abierto dentro del libro del registro de los pacientes. Daré recetas útiles pero sencillas. Por ejemplo: 0,5 de salicilato de sodio, tres veces al día...

«¡Podrías recetar bicarbonato!», respondió, burlándose abiertamente de mí, mi interlocutor interno.

¿Qué pinta aquí el bicarbonato? También podría recetar ipecacuana, en infusión a 180. O a 200.

De inmediato, aunque en mi soledad junto a la lámpara nadie me pedía ipecacuana, pasé temeroso las hojas del vademécum, comprobé lo de la ipecacuana y al mismo tiempo leí que existe por ahí una tal insipina, que no es otra cosa que «sulfato de quinina»... ¡pero sin el sabor de la quinina! ¿Cómo recetarlo? ¿Qué es, polvo? ¡Que el diablo se los lleve!

«Estoy de acuerdo con la insipina... pero ¿qué harás con la hernia?», seguía importunándome con tenacidad el miedo en forma de voz.

«Meteré al paciente en la bañera –me defendía furiosamente–, lo meteré en la bañera y trataré de ponerla en su sitio.»

«¡Una hernia estrangulada, por Dios! ¡De qué te servirá entonces la bañera! Estrangulada –cantaba con voz demoníaca el miedo–. Habrá que operar...»

En ese momento me rendí y estuve a punto de echarme a llorar. Elevé una plegaria a las tinieblas del exterior: cualquier cosa, pero no una hernia estrangulada.

Y el cansancio entonaba:

«Acuéstate y duerme, desdichado esculapio. Descansa y por la mañana ya decidirás qué hacer. Tranquilízate, joven neurasténico. Observa la oscuridad del exterior: está tranquila, los campos congelados duermen, no hay ninguna hernia. Por la mañana se verá. Te acostumbrarás... Duerme...

Deja el vademécum... De todas formas ahora no te enteras de nada. Una hernia...»

* * *

Ni siquiera me di cuenta de cómo irrumpió en la habitación. Recuerdo que la barra de la puerta resonó. Axinia gritó algo y fuera se oyó el chirrido de una carreta.

El hombre no llevaba gorra y tenía abierto el abrigo, la barba enredada y una expresión de locura en los ojos.

Se santiguó, se arrodilló y golpeó el suelo con la frente en mi honor.

«Estoy perdido», pensé con tristeza.

–¡Qué hace usted, oiga, pero qué está haciendo! –exclamé, y traté de levantarlo tirando de la manga gris.

Su rostro se contrajo y como respuesta, atragantándose, comenzó a pronunciar atropelladamente palabras entrecortadas:

–Doctor... señor... ella es la única, la única... ¡es la única! –gritó de pronto, con una sonoridad vibrante en la voz que hizo temblar la pantalla de la lámpara-. ¡Ah, Dios, ah!.. –atenazado por su tristeza se retorció las manos y nuevamente golpeó los tablones del suelo con la frente, como si quisiera romperlo-. ¿Por qué? ¿Por qué este castigo?... ¿En qué hemos ofendido a Dios?

–¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? –grité yo, sintiendo que mi rostro se enfriaba.

El hombre se puso de pie, se agitó y murmuró:

–Señor doctor... lo que usted quiera... le daré dinero... Pida el dinero que quiera. El que quiera. Le daremos comida... Pero que no muera. Que no muera. Aunque quede inválida, no importa. ¡No importa! –gritó hacia el techo–. Tengo suficiente para alimentarla, me basta.

El pálido rostro de Axinia estaba enmarcado en el cuadrado negro de la puerta. La tristeza envolvía mi corazón.

–¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? ¡Hable! –grité dolorosamente.

El hombre se calmó y en un susurro, como si fuera un secreto, con ojos insondables me dijo:

–Cayó en la agramadera...

–En la agramadera... ¿En la agramadera? –pregunté de nuevo–. ¿Qué es eso?

–El lino, agramaban el lino..., señor doctor... –me aclaró Axinia en voz muy baja–, la agramadera..., el lino se agrama...

«Éste es el principio. Aquí está. ¡Ah, por qué habré venido!», pensé horrorizado.

–¿Quién?

–Mi hijita –contestó él en un susurro, y luego gritó–: ¡Ayúdela! –De nuevo se arrodilló y sus cabellos cortados en redondo le cayeron sobre los ojos.

* * *

La lámpara de petróleo, con una torcida pantalla de hojalata, ardía intensamente con sus dos quemadores. La vi en la mesa de operaciones, sobre un lienzo blanco de fresco olor, y la hernia palideció en mi memoria.

Los cabellos rubios, de un tinte algo rojizo, colgaban de la mesa secos y apelotonados. La trenza era gigantesca, y su extremo tocaba el suelo.

La falda de percal estaba desgarrada y había en ella sangre de distintos tonos: una mancha parda, otra espesa, escarlata. La luz de la lámpara de petróleo me parecía amarilla y viva; su rostro parecía de papel, blanco, con la nariz afilada.

En su pálido rostro se apagaba, inmóvil como si fuera de yeso, una belleza poco común. No siempre, no, no es frecuente encontrar un rostro como ese.

En la sala de operaciones, durante unos diez segundos, hubo un silencio total, pero detrás de las puertas cerradas se oía cómo alguien gritaba con voz sorda y golpeaba, golpeaba repetidamente con la cabeza.

«Ha enloquecido –pensé–, y supongo que las enfermeras deben estarle dando algún medicamento... ¿Por qué es tan hermosa? Aunque... también él tiene facciones muy correctas... Se ve que la madre fue hermosa... Es viudo...»

–¿Es viudo? –susurré maquinalmente.

–Viudo –contestó en voz baja Pelagueia Ivánovna.

En ese momento Demián Lukich, con un movimiento brusco y casi rabioso, rompió la falda de abajo hacia arriba dejando descubierta a la muchacha. Lo que vi entonces superó todo lo que esperaba: la pierna izquierda prácticamente no existía. A partir de la rodilla fracturada, la pierna no era más que un amasijo sanguinolento: rojos músculos aplastados y blancos huesos triturados que sobresalían en todas direcciones. La pierna derecha estaba rota entre la rodilla y el pie de tal suerte que los extremos de los huesos habían desgarrado la piel y se asomaban. Como consecuencia la planta del pie yacía inerte, como algo independiente, apoyada sobre un costado.

–Sí –dijo en voz muy baja el enfermero, y no añadió nada más.

En ese momento salí de mi inmovilidad y tomé el pulso de la muchacha. No lo sentí en su muñeca helada. Sólo al cabo de unos cuantos segundos logré encontrar un latido irregular y apenas perceptible. Pasó... sobrevino una pausa durante la cual tuve tiempo de mirar las azuladas aletas de su nariz y sus labios blancos... Quise decir: es el fin... pero por fortuna me contuve... La onda pasó nuevamente como un hilillo.

«Así se apaga una persona despedazada –pensé–, aquí no hay nada que hacer...»

Pero de pronto dije con severidad, sin reconocer mi propia voz:

–Alcanfor.

Ana Nikoláievna se inclinó hacia mi oreja y susurró:

–¿Para qué, doctor? No la martirice. ¿Para qué pincharla? Pronto morirá... No podrá salvarla.

La miré con rabia y un aire sombrío y dije:

–Le he pedido alcanfor...

Entonces Ana Nikoláievna, enrojecida por la ofensa, se lanzó de inmediato hacia la mesa y rompió una ampolla.

El enfermero, por lo visto, tampoco aprobaba el alcanfor. Sin embargo tomó la jeringuilla rápida y hábilmente, y el aceite amarillo penetró bajo la piel del hombro.

«Muere. Muere pronto –pensé–, muere. De lo contrario, ¿qué haré contigo?»

–Morirá de un momento a otro –susurró el enfermero, como si hubiera adivinado mi pensamiento. Miró de reojo la sábana, pero por lo visto cambió de opinión: le dolía mancharla de sangre. Sin embargo, unos segundos más tarde hubo que cubrir a la muchacha. Yacía como un cadáver, pero no había muerto. De pronto se hizo la claridad en mi cabeza, como si me hallara bajo el techo acristalado de nuestro lejano anfiteatro de anatomía.

–Más alcanfor –dije con voz ronca.

Una vez más el enfermero, obedientemente, inyectó el aceite.

«¿Será posible que no muera...? –pensé con desesperación–. ¿Tendré acaso que...?»

Todo se aclaraba en mi cerebro y de pronto, sin ningún manual, ni consejos, ni ayuda, comprendí –la convicción de que había comprendido era férrea– que, por primera vez en mi vida, tendría que realizar una amputación a una persona moribunda. Y esa persona moriría durante la operación. ¡Sin duda moriría durante la operación! ¡Casi no le quedaba sangre! A lo largo de diez verstras la había perdido toda por las piernas destrozadas. Yo no sabía siquiera si ella sentía algo en ese momento, si nos oía. Estaba silenciosa. Ah, ¿por qué no moría? ¿Qué me diría su padre enloquecido?

–Prepare todo para una amputación –dije al enfermero con voz que no parecía la mía.

La comadrona me lanzó una mirada salvaje, pero en los ojos del enfermero apareció una chispa de simpatía y comenzó a ocuparse del instrumental. El reverbero rugió entre sus manos...

Pasó un cuarto de hora. Yo, con terror supersticioso, levantaba un párpado de la muchacha y observaba su ojo apagado. No comprendía nada... ¿Cómo podía vivir un cadáver? Las gotas de sudor corrían sin pausa por mi frente bajo el gorro blanco. Pelagueia Ivánovna secaba con gasa el sudor salado. En la poca sangre que aún quedaba en las venas de la muchacha, ahora nadaba también la cafeína. ¿Habría que inyectarla otra vez o no? Ana Nikoláievna acariciaba suavemente los montículos que se habían formado en las caderas de la muchacha como consecuencia del suero fisiológico. Seguía con vida.

Tomé el bisturí tratando de imitar (una vez en mi vida, en la universidad, había visto una amputación) a alguien... Rogaba al destino que la joven no muriera en los siguientes treinta minutos... «Que muera en la sala, cuando yo haya terminado la operación...»

En mi favor trabajaba sólo mi sentido común, agujijoneado por lo inusitado de la situación. Hábilmente, de forma circular, como un carnicero experto, corté con un afilado bisturí la cadera. La piel se separó sin que saliera una sola gota de sangre. «Si las arterias comienzan a sangrar, ¿qué voy a hacer?», pensé, y como un lobo miré de reojo la montaña de pinzas de torsión. Corté un enorme pedazo de carne femenina y una de las arterias –con forma de tubito blancuzco–, pero de ella no salió ni una gota de sangre. La cerré con una pinza y continué. Coloqué esas pinzas de torsión en todos los lugares donde suponía que debía de haber arterias... «Arteria... arteria... Diablos, ¿cómo se llama?...» La sala de operaciones parecía un hospital. Las pinzas de torsión colgaban en racimos. Con ayuda de la gasa las levantaron, y yo comencé, con una sierra de dientes pequeños, a aserrar el redondo hueso.

«¿Por qué no muere?... Es sorprendente... ¡Ah, cuánta vitalidad tiene el ser humano!»

El hueso se desprendió. En las manos de Demián Lukich quedó lo que había sido una pierna de muchacha. ¡Jirones, carne, huesos! Pusimos todo eso a un lado. Sobre la mesa

de operaciones yacía una muchacha que parecía haber sido recortada en un tercio, con un muñón extendido hacia un lado. «Un poco, un poco más... No mueras ahora –pensaba yo con ardor–, espera hasta llegar a la habitación, permíteme salir con éxito de este terrible momento de mi vida.»

Luego la cosimos con puntadas grandes; luego, haciendo chasquear las pinzas, comencé a coser la piel con puntadas pequeñas... pero me detuve porque comprendí... había que dejar un pequeño agujero para que la herida drenara... Coloqué un tapón de gasa... El sudor me cubría los ojos y tenía la impresión de estar inmerso en un baño de vapor...

Suspiré. Miré pesadamente el muñón y aquel rostro del color de la cera. Pregunté:

–¿Está viva?

–Está viva... –respondieron al unísono, como un eco sin sonido, Ana Nikoláievna y el enfermero.

–Vivirá unos segundos más –me dijo al oído el enfermero, sin sonido, hablando únicamente con los labios. Luego titubeó y me aconsejó con delicadeza–: Quizá no deberíamos tocar la otra pierna, doctor. Podríamos envolverla con gasa... de lo contrario no llegará a la habitación... ¿No le parece? Es mejor que no muera en la sala de operaciones.

–Deme yeso –respondí con voz ronca, empujado por una fuerza desconocida.

* * *

El suelo estaba lleno de manchas blancas, y nosotros cubiertos de sudor. El semicadáver yacía inmóvil. La pierna derecha estaba enyesada y en el lugar de la fractura brillaba la ventanilla que yo había dejado en un momento de inspiración.

–Vive... –dijo asombrado y con voz ronca el enfermero.

Luego comenzamos a levantarla y bajo la sábana se vio una gigantesca hendidura: habíamos dejado una tercera parte de su cuerpo en la sala de operaciones.

Se agitaron unas sombras en el corredor, las enfermeras iban y venían. Vi cómo, pegada a la pared, se movía subrepticamente una descompuesta figura masculina que lanzaba un gemido. Se lo llevaron de allí. Todo quedó en silencio.

En la sala de operaciones me lavé las manos ensangrentadas hasta el codo.

–¿Ha hecho muchas amputaciones? –preguntó Ana Nikoláievna–. Muy, muy bien hecha... Como Leopold...

En sus labios, la palabra Leopold invariablemente sonaba como «decano».

Miré los rostros de reojo. En todos –también en el de Demián Lukich y en el Pelagueia Ivánovna– noté respeto y asombro.

–Hmm... yo... Lo he hecho sólo dos veces...

¿Por qué mentí? Ahora no me lo explico.

El hospital quedó en silencio. Absoluto.

–Cuando muera, envíen a alguien a buscarme –ordené a media voz al enfermero; y éste, por alguna razón, en lugar de «está bien» contestó respetuosamente:

–A sus órdenes...

Unos minutos más tarde me encontraba junto a la lámpara verde en el despacho del apartamento del médico. La casa estaba en silencio. Un rostro pálido se reflejaba en un cristal profundamente negro.

«No, no me parezco al falso Dimitri. Yo... en cierta forma he envejecido... Tengo una arruga en el entrecejo... No tardarán en llamar... Me dirán “ha muerto...”»

«Sí, iré y la veré por última vez... Dentro de poco llamarán...»

* * *

Llamaron a la puerta. Pero fue dos meses y medio más tarde. A través de la ventana brillaba uno de los primeros días del invierno.

Entró él y sólo en ese momento pude observarlo con detenimiento. Sí, sus facciones eran muy correctas. Tenía unos cuarenta y cinco años. Sus ojos brillaban.

Luego un ruido... Saltando con ayuda de dos muletas, entró una muchacha de encantadora belleza; tenía una sola pierna y llevaba una falda muy amplia, con un borde rojo cosido en la parte inferior.

La muchacha me miró y sus mejillas se cubrieron de un tinte rojizo.

–En Moscú... en Moscú... –empecé a escribir una dirección–. En Moscú le harán una prótesis, una pierna artificial.

–Bésale la mano –dijo inesperadamente el padre.

Yo me sentí hasta tal punto confundido que en lugar de los labios le besé la nariz.

Entonces ella se apoyó en las muletas y desenrolló un paquetito de donde salió una larga toalla, blanca como la nieve, con un sencillo gallo rojo bordado. ¡Así que eso era lo que escondía bajo la almohada cada vez que la visitaba! Recordé que había visto hilos sobre su mesita.

–No puedo aceptarlo –dije severamente, e incluso moví la cabeza. Pero su rostro y sus ojos adoptaron tal expresión que la acepté.

Durante muchos años esa toalla estuvo colgada en mi dormitorio en Múriev. Luego viajó conmigo. Finalmente envejeció, se borró, se llenó de agujeros y, por fin, desapareció, como se borran y desaparecen los recuerdos.